

EL ASILO DE SAN PRUDENCIO CUMPLE 1 SIGLO

Ahí le tenéis, poderoso y callado, fuerte y tierno a la vez, moderno y antiguo al mismo tiempo, limpio y claro como la luz del día. Ahí le tenéis, casi junto a la Colegiata de Santa María, en la Plaza que llaman del Cardenal Tenorio, vecino del Viejo Ayuntamiento de Fernando de Rojas y con un templo en su recinto que es una maravilla y con una fachada bellamente increíble que cada mañana recibe el beso del sol naciente. Ahí le tenéis: ayer, monasterio de la Orden Jerónima, después convento de la Compañía de Jesús, más tarde Colegio regido por los PP. Agustinos y ahora, desde 1976, San Prudencio. Ni más, ni menos. San Prudencio. Asilo de San Prudencio. Un nombre que ha borrado, sin acritud alguna, los ilustres nombres anteriores. Pero vamos por partes y a contar, la historia de este Asilo.

Verán ustedes: allá en Vitoria, donde la ascética sequedad de Castilla comienza a endulzarse con los verdes vascongadas, y casi no es tierra ni de unos ni de otros, sino frontera entre el chistu y el tambor, la gesta y el zorcico, allá en Vitoria, digo, vivía una familia de nobles apellidos vascos: Aguirre e Ibarzábal. Y no se sabe bien por qué, si por causa de los odios desatados por las guerras carlistas o por pleitos de sangre, que tanto da al caso, los hermanos Jacinto y Luis de Aguirre e Ibarzábal, en el último tercio del siglo XIX, eligieron Talavera de la Reina como lugar de residencia. Y aquí vivieron, y aquí se casaron con dos señoritas que eran primas hermanas entre sí y que pertenecían a uno de los más rancios abolengos locales. Jacinto, que va a ser el que más nos importe a los efectos de estas notas, contrajo matrimonio con Teresa Jiménez de la Llave –hermana del eminente historiador- y su hermano Luis con Eugenia de la Llave y de la Llave.

Los Aguirre, que debían ser poseedores de una notable fortuna, adquirieron varias dehesas que, unidas a las del patrimonio de sus respectivas esposas, constituyeron en su día una de las explotaciones agropecuarias más importantes de la comarca. Pero ... no dejaron descendencia. Jacinto y Teresa tuvieron un hijo, al que pusieron de nombre Prudencio, en memoria del abuelo paterno y porque San Prudencio es el Patrono de Vitoria y la patria chica

siempre tira, y se les murió el niño. Y de ese niño nos quedaron dos retratos – obra de Juan Ruiz de Luna, que por entonces no era todavía ceramista - . Y Dios no quiso que hubiera más frutos de ese matrimonio.

La Providencia es misteriosa porque esa muerte del niño Prudencio fue, como puede verse todavía, extraordinariamente fecunda. Porque en recuerdo suyo se levantó este Asilo y en él han recibido gratuitamente educación, vestidos y alimentos nada menos que 1147 hasta la fecha. En él se han forjado 1147 hombres de bien, con suerte diversa como es lógico, pero que han desempeñado y desempeñan relevantes papeles en la sociedad. Muchos maestros, muchos técnicos, muchos empresarios, muchos honrados y leales trabajadores aquí recibieron la formación suficiente para triunfar luego en la vida. Es, pues, una nueva versión de la parábola del grano de trigo. Y quien quiera entender que entienda.

Y vamos con los datos sucintos y casi telegráficamente expuestos: Don Jacinto de Aguirre e Ibarzábal falleció en Talavera de la Reina y el 12 de Febrero de 1894, dejando heredera usufructuaria a su esposa doña Teresa Jiménez de la Llave que, a su vez, entregó su alma al Señor el 19 de Mayo de 1909 y entonces se procedió, por los señores testamentarios de doña Teresa, y que eran don Joaquín González de la Llana y Rodríguez, don Narciso Merchán García y don José María González Cuadrillero, a constituir la Fundación Asilo San Prudencio y el primero de sus Patronatos: disponiendo que en los sucesivo este Patronato lo formaran el Alcalde del Excmo. Ayuntamiento de la Ciudad y los señores Curas Párrocos de Santa María y de Santiago, siendo Patrono Administrador el más antiguo en el cargo y vocales los otros dos. Y esta cláusula no deja de tener importancia, en todos los sentidos, y permite – como se ha demostrado a lo largo de los años – que la presidencia del Patronato no sea vitalicia, de modo que unas veces el administrador es el alcalde y otras cualquiera de los párrocos.

El capital de la Fundación estaba constituido por un resguardo del Banco de España, número 55135, acreditativo de 380.000 pesetas nominales en títulos de la Deuda Pública Interior al 4%; otro resguardo, número 90681, de 30 Bonos del Banco de España y uno más, número 2877, de 150 acciones de dicho Banco. Ahora, esas cantidades provocan una sonrisa, pero en aquella época eran algo muy serio y su valor actual habría que multiplicarlo por más de mil y quizá nos quedemos cortos (Valgan un par de ejemplos: el diario ABC costaba entonces 5 céntimos y un buen traje a medida valía 20 pesetas. Huelgan más comentarios).

La riqueza rústica estaba y está representada por las Dehesas de “La Aliseda”, “Trujillanos”, “Carniceros”, “Villabuena”, “El Golín de la Senda” y “Cervines”, que forman un conjunto de más de tres mil hectáreas, a las que se

añaden un buen olivar llamado “Jara” y una tierra pequeña al sitio de “Horcaperos”. El valor en venta de estas fincas sería cuantioso, pero como siempre ocurre en la agricultura y ahora acaso más que nunca, su rentabilidad es desproporcionadamente baja, aunque el aprovechamiento del corcho –cada diez años- y las cortas de leña suponga a veces un relativo alivio, unidas a la explotación de la caza.

Los fundadores habían querido que el Asilo se levantara en el solar de su casa, sita en la calle Ubedas número 8, y advirtiendo que si no reunía condiciones para ello –y obviamente era así- se adquiriría otro edificio adecuado. En su afán de complacer la voluntad de don Jacinto y doña Teresa los patronos compraron dos casas colindantes, número 2 y 4 de la vecina Plaza de Aravaca y otra más en la propia calle Ubedas, encargándose de la dirección técnica de las obras de derribo el arquitecto de Madrid, don Pedro Torres, quién aseguró que era necesario demoler el ya vasto conjunto para levantar, sobre el solar de los mismos, y aprovechando todos los materiales resultantes, el nuevo y futuro Asilo de San Prudencio. Pronto se vio que tales planes eran quiméricos, que los materiales de derribo no servían para casi nada y que el presupuesto presentado por el arquitecto Torres superaba con creces la cantidad fijada a tal fin por los Patronos. Y ese primer problema no tenía nada más que dos soluciones: o arbitrar recursos enajenando parte del patrimonio, o hipotecándole gravemente, o buscar otra alternativa, que fue lo que final y prudentemente se hizo.

Se barajaron diversas opciones y al término de los estudios y quebraderos de cabeza pareció emerger la solución salvadora. ¿Y si se pudiese adquirir a la Compañía de Jesús – que era su propietaria- el antiguo monasterio de los Jerónimos que, a la sazón, y tras ser expulsados de Talavera como de tantos otros sitios y lugares de España, usufructuaban los Padres Agustinos que allí tenían instalado un Colegio? Dieron comienzo las conversaciones y tanto los jesuitas, como los agustinos, no pusieron el menos impedimento. Por un módico y simbólico precio, aquellos cedieron la propiedad y éstos no pusieron obstáculos para dejar el campo libre y renunciar a sus derechos. De nuevo la Providencia se manifestaba de un modo clarísimo y dejaba el campo expedito para la realización de una gran obra espiritual y social, que no otra cosa es y sigue siendo el Asilo.

Otro arquitecto, con grandes vinculaciones talaveranas, sucedió a D. Pedro Torres. Nos referimos a don Vicente Sáez Vallejo, cabeza de un linaje de arquitectos- los Sáez de Oiza- que hoy son gloria de España. Don Vicente dirigió con excelente pulso las obras de reforma y adaptación del local y levantó, para cumplir una de las cláusulas testamentarias, dos casas de nueva

planta y de bella factura para que en ellas-dentro del recinto pero con independencia al exterior- residieran en una el señor Capellán del Asilo y en la otra el señor Maestro encargado de la educación de los niños. El cuidado del alma y el de la inteligencia eran dos de los tres pilares básicos de la Fundación. El tercero, el del Amor y la solicitud cariñosa y entrañable iba a ser confiado, desde el principio mismo, a las admirables Hijas de la Caridad. Las abnegadas discípulas de San Vicente de Paúl se encargaron del régimen interior del Establecimiento y de las mil solicitudes maternas que conlleva el trato con unos niños en muchísimas ocasiones huérfanos. No es extraño, pues, que ahora mismo podamos conversar con hombres hechos y derechos-algunos de ellos con notable posición económica- que aquí crecieron y que siguen considerando a las religiosas como sus verdaderas madres. "Mire- nos decía uno de estos triunfadores, casado y con hijos y negocios florecientes-estas monjas de hoy no son mis monjas, porque las que me criaron se fueron con Dios, pero yo las quiero lo mismo. Y esta casa sigue siendo mi casa" Díganos si no es hermoso.

Para ingresar en el Asilo, son necesarios algunos requisitos. dos en concreto: tener siete años cumplidos y ser natural de Talavera de la Reina, del cercano pueblo de Velada-en cuyo término municipal está la mayoría de las fincas- o ... de Vitoria. Los niños del pueblo natal de los Aguirre tienen cabida pero lo cierto es que de allí no viene nadie y que de los 36 internos actualmente son de distintas procedencias, aunque prevalecen los nacidos en nuestra ciudad. Ah, entre los aspirantes de Talavera tienen preferencia los bautizados en la Parroquia de Santiago, porque fue allí donde recibió el Sacramento el niño Prudencio.

El primer Capellán, desde que se inauguró el Asilo, el 1 de Marzo de 1913, fue el sacerdote talaverano Don Manuel Fernández Mazuecos. A su muerte le sucedió don Rufino Flores Hita, desde el 16 de Marzo de 1965 hasta el 1 de Diciembre de 1982. Y de ahí pasó la capellanía a depender de la Parroquia de Santa maría La Mayor.

El primer maestro fue, también desde el principio, Don Manuel de los Ríos Riesco a quien sustituyó, tras su óbito el 1 de Febrero de 1948, Don Alejandro Campos Aguilera, dejando el testigo en 1999 a Don Matías Martín Vicente que a su vez, regenta en este momento el cargo de administrador de la Fundación como sus predecesores. Y es que ahora el Asilo de San Prudencio, merced a unas estupendas obras de acondicionamiento, se ha convertido prácticamente en una confortable y cuidadísima residencia donde los 36 niños, atendidos por 6 Hijas de la Caridad, comen, juegan y duermen y cada día asisten a las clases que se imparten en los Colegios Cercanos.

No es los que era, porque los tiempos son otros y otras las necesidades, y la vida es más ancha, pero los conceptos fundamentales siguen siendo los mismos. Allí, en el Asilo, enseñan a querer y rezar. Enseñan a amar a Dios y a los hombres, nuestros hermanos. Y facilitan, en Escuelas más puestas al día. La educación intelectual que requiere la época. Los niños ya no son un clan, o una piña cerrada, sin dejar de sentirse una familia. Su mundo no comienza y acaba dentro de las paredes del Asilo. Tienen contacto y estrechan amistades con los demás niños, digamos que “corrientes”. Con los que viven con sus padres y con sus hermanos de sangre. Ellos también son parte del mundo. Y los comparten. Dios es de todos y el mundo es de todos. Tal vez fuera eso lo que en el fondo de sus corazones pensarán don Jacinto y doña Teresa. Tal vez fuera eso lo que quería el niño Prudencio: seguir eternamente con los niños de ayer, y los de hoy, y los de mañana en el Asilo que lleva su nombre. Y su sonrisa.

El Patronato actual, en estos 100 años de vida de la Fundación, está presidida por el Cura Párroco de Santa María La Mayor, Don Daniel León Ramos Moreno. Y como vocales y por orden de antigüedad, el Señor Alcalde Don José Francisco Rivas Cid, y el Cura Párroco de Santiago Don Francisco Marrupe Púa, desempeñando la administración y secretaría Don Matías Martín Vicente.

Hay constituida una Hermandad de Antiguos Alumnos, presidida por Don José Luis Blázquez Avis, y Secretario, Victorino García Jerónimo, el inolvidable ordenanza de la Fundación.

La Comunidad de las Hijas de la Caridad que se encarga actualmente de la Residencia, está representada por la hermana sirviente Sor Efigenia de Benito y las hermanas Sor Rosa, Sor Presentación, Sor Asunción, Sor Natividad, Sor Milagros y Sor Carmen.

Así que pidamos a Dios que este Centenario nos llene a todos de alegría.